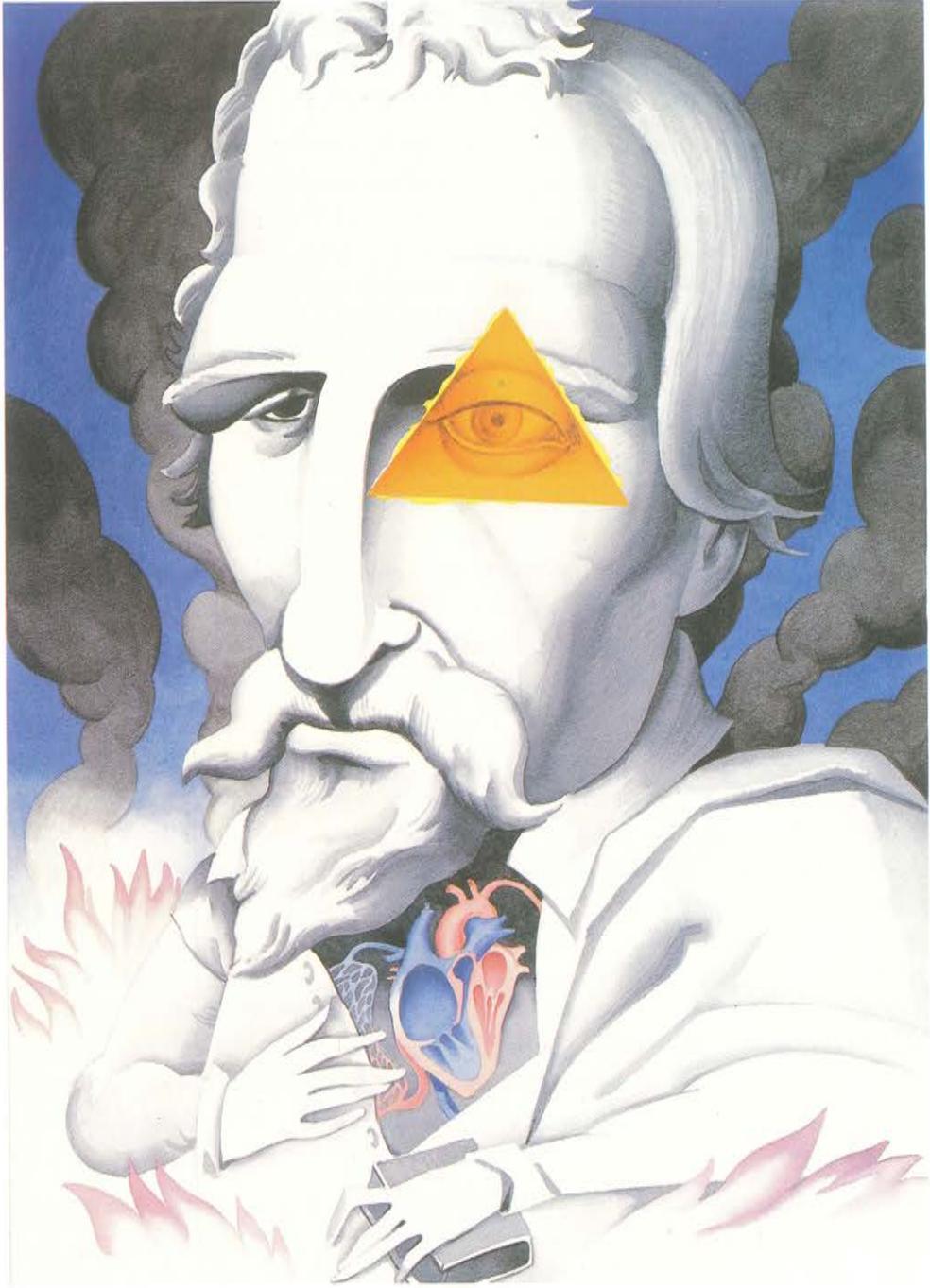


MIGUEL SERVET

O LA TRANSPARENCIA DEL MAL

Se lo habían anunciado esa misma tarde: moriría en la hoguera, ante la grotesca mirada de la multitud. ¡Qué ufano estaría entonces Calvino con su corazón atroz, con su alma endemoniada, oculta bajo un manto de púrpura! Miguel Serveto recordó su último grito de clemencia. Rodó por la estancia con aquel hedor insoportable que le infestaba las carnes y dijo: «El hacha, el hacha, y no el fuego. No me arrastréis a la desesperación». Sus palabras rebotaron en los artesonados del techo o se perdieron en los paisajes de los vistosos cuadros que representaban las conquistas de Alejandro o la fábula de los enamorados Píramo y Tisbe. Vio la pétreo faz de sus verdugos, las muecas del desdén, un temor intraducible que les debilitaba los músculos, aquella mirada de bestias feroces. Regresó a la celda de la que se habían adueñado los piojos y el frío. Llevaba más de un mes incomunicado. Le negaron los amigos, un abogado, los libros y unas frazadas de ropa limpia. Comía mal y un viento helado se colaba por las ventanas. De noche, aterido y temblando, notaba aquel látigo glacial de la brisa que le mordía las pantorrillas, la entrepierna y el ombligo. Sólo aliviaba fugazmente el olor cargado de sus excrementos, diseminados en un rincón del calabozo. No le permitían usar las letrinas ni les importaba que lo atormentasen sus dolores: un pertinaz escozor en el pubis, en la región donde le habían extirpado un testículo a los cinco años; la incomodidad de la hernia, la fiebre incesante. Nunca lo habían sometido a tales desprecios, pero poco importaba. La sentencia indicaba su acabamiento y la ascensión a una misteriosa parcela de dignidad.

No quería imaginarse el fuego, las lenguas candentes que le iban a reventar la piel y a convertirlo en ceniza. ¡Qué horrible pesadilla, en la alta noche, verse ya atado al poste, y percibir cómo se multiplican las llamas con un cráter infernal que abrasa las pupilas, la barbilla, las sienas, los muslos! Serveto tenía tanto en qué pensar que decidió vivir de nuevo su pasado, reanimar los acontecimientos de una existencia azarosa, marcada por la fuga. ¿Qué maldición ignota había decidido su suerte? ¿Por qué se



había convertido en un proscrito, en un desterrado, en un hombre secreto que había tenido que vivir en el cuarto de atrás, aferrado al silencio, al temor y a la máscara? Sólo se hallaba culpable de honestidad y de disidencia, pero eso no alcanzaba la categoría de un crimen. Al menos en su religión. No obstante, se resignó: sabía que la espera hasta el alba era como la agonía y la última oportunidad; al día siguiente, ahrojado en la pira, se produciría la liberación final.

Las imágenes de la añoranza se superponían como en un abanico de luminosas regiones. El cauce del río Alcanadre, a su paso por Villanueva de Sigüenza (Huesca), se mezclaba en su cerebro con las aguas tranquilas del Ródano. Y las cordilleras de su villa natal, los barrancos, aquellos barbechos desolados, le remitían a las haciendas de Viena del Delfinado. Un recuerdo imborrable lo había perseguido durante toda su vida: su estancia en Toledo, aquella ciudad almenada y oscura, de piedra denegrida, mestiza de moradores y de misterio, donde había una prodigiosa Escuela de Traductores. Allí, como paje de honor de Quintana, aquel noble confesor del emperador Carlos V, descubrió la belleza del griego y el latín, los períodos enigmáticos de Virgilio y las grandes enseñanzas de los poetas. Después de leer las odas de Horacio y las batallas solemnes de Homero, tuvo la impresión de que había aprendido a mirar el mundo de otra forma. Con otra hondura. Con el afán de fundirse en la curva de ballesta del Tajo y sus meandros; con la impresión de quedar hechizado, y tal vez transido de claridad, por las aves cantoras, el follaje y la umbría de los bosquecillos. La teología, la filosofía y las matemáticas, fueron materias muy adecuadas a sus aptitudes. Aunque su formación se completó de una manera más armoniosa en la Universidad de Tolosa.

Lo había oído decir muchas veces. Un sabio no nace del vacío. De ahí que su aplicación a los estudios fuese siempre generosa y entusiasta. Nunca dio muestras de holgazanería y anduvo entre los eruditos y los licenciados con la impresión de que nada de lo humano y lo divino debía serle extraño. Su presencia en la ceremonia de coronación de Carlos V, ante el papa Clemente VII, en la grandiosa catedral de San Petronio, lo volvió escéptico respecto de cualquier fasto. Aquel rito suntuoso, con sillones de oro, cardenales y obispos por doquier, caballeros engalanados y damas con pollerines y el cabello ahuecado por tirabuzones, condicionó una buena parte de su obra. Desde entonces se mostró partidario de eliminar el culto externo, la idolatría a las imágenes religiosas y los votos monásticos. Creía que eran indicios de paganismo, ajenos a las enseñanzas de Cristo. Muy pronto se alejó de su maestro y se dirigió a Basilea.

Reconocía, ahora, desde la oscuridad desértica de su cuarto, que en muchos momentos había pecado de insolencia. Se dejaba arrastrar por el frenesí y por la arrogancia, por la ambición del sabio precoz que intenta someter las voluntades ajenas a sus designios; pero quizá fuese porque le parecía que lo más preciado del hombre es su firmeza, su libertad de creación. Con menos de veinte años fue recibi-

do por el luterano Ecolampadio. Inicialmente fue un paréntesis de descubrimientos: usó muchos libros de su biblioteca, aprendió a discutir en veladas que se alargaban hasta el amanecer y mejoró notablemente su dialéctica. Pronto surgieron las irreconciliables diferencias. Serveto se trasladó a Estrasburgo y allí mandó imprimir sus dos primeros libros: *De Trinitatis erroribus* (Acerca de los errores de la Trinidad, 1531) y *Dialogorum de Trinitate* (Diálogos sobre la Trinidad, 1532). El resultado fue escandaloso: en un abrir y cerrar de ojos, se vio acosado por las autoridades de Estrasburgo y Basilea, y por la Inquisición de Zaragoza, que había encontrado en su libro varios motivos heréticos. Uno de los jefes de la Reforma, Bucero, suscribió con acritud: «Merecía que se le arrancasen las entrañas a este español y se le descuartizase».

Ginebra estaba envuelta en una mezquina complicidad, pensó Serveto. Y un silencio espeso de traición cubría los edificios, los bosques, el agua adormecida de las lagunas. Creyó que orballaba y que una lluvia mansa golpeaba el cristal de las ventanas. Aquella tranquilidad en la enramada y la olorosa frescura de la noche le remitían a sus trabajos de impresor y corrector de pruebas en Lyon. ¡Cuántas noches de otoño había pasado a la luz de los velones, ante los libros y las páginas manuscritas, enmendando erratas, añadiendo notas explicativas o acomodando los nombres antiguos a los idiomas modernos! Podría decirse que, entre las salas húmedas y el agraz perfume de las planchas, había leído a Galeno e Hipócrates y había sentido la llamada de la medicina. Lyon le sugería un amasijo de añoranzas y de faenas. Fue escribiente del gran Sinforiano Champier, médico, botánico, filósofo y moralista. El afecto que le profesó fue enorme y, ante una situación incómoda y arbitraria de ataque a su protector, escribió su libro *In Leonardum Fuchsium Apología* (Apología contra Leonardo Fuchs, 1536), en el que sostenía que la sífilis es «una revelación de la cólera de Dios». El año anterior había traducido, corregido y anotado la célebre *Geografía* de Ptolomeo, un proyecto ambicioso que ratificaba sus conocimientos y su dominio de los idiomas. Su labor fue incontestable: fijó con exactitud los mapas y la escritura; determinó la correspondencia de los nombres antiguos de ríos, cordilleras, provincias y mares con los de la época; añadió descripciones de su puño y letra de accidentes, hábitos y cultura de los pueblos, y enriqueció el conjunto con grabados. No tuvo reparos en hacer constar, tal como subrayaba el propio geógrafo y como habían informado los viajeros y mercaderes, que Palestina, la tierra prometida, era un «territorio seco y poco fértil». La portada del volumen llevaba una leyenda que es todo un autorretrato: «Mi libertad la llevo conmigo». Para entonces Miguel Serveto ya se había mudado el nombre para burlar a los inquisidores y a sus obstinados enemigos, y era conocido como Michael Villanovanus.

Champier lo aconsejó que estudiase medicina en París. Llegó en 1537 y se inscribió sucesivamente en Colegio Calvi y Los Lombardos, donde coincidió con el flamenco Andrés Vesalio, fundador de la Anatomía moderna. Serveto y Vesalio, a hurtadillas, efectuaban disecciones de cadáveres, una práctica prohibida por la cristiandad desde tiempos remotos. Aquellos ejercicios, recordaba Servet desde el lóbrego labe-

rinto de su celda, le sirvieron para conocer el funcionamiento del cuerpo humano, explorar los conductos de circulación sanguínea y atisbar la que iba a ser su principal revelación científica: la circulación pulmonar de la sangre. Obtuvo el grado de doctor en medicina. A los pocos meses lo contrataron para dar clases de matemáticas, en las que demostró que su inteligencia era un pozo sin fondo. Algunos, cuando lo oyeron hablar de astrología, creyeron que era un visionario: predecía guerras, diluvios, epidemias y plagas de animales muertos, y anticipó un eclipse de luna en Marte. Muy pronto las autoridades le prohibieron sus clases por temor a un influjo incorrecto sobre el alumnado. Serveto respondió como él sabía hacerlo: con gallardía, buenas dosis de provocación y un arranque de erudición. Publicó un folleto, *Disceptatio pro Astrología* (Discurso en pro de la astrología, 1538), donde aseguraba que los médicos que menoscaban la nueva ciencia eran ignaros y torpes. La polémica y la revuelta lo seguían allá adonde iba.

¡Cómo podría olvidar uno de los instantes más dulciamargos de su vida! Estuvo cerca del matrimonio. Creía recordar todavía la tez amplia, el rostro pecoso, los senos redondos pero picudos y aquel aire de candidez de la única joven que amó. Se veían por las tardes en Charlieu, en la encrucijada de la arboleda, en la alcoba de la hospedería, ante los puestos de fruta del mercado. Cuando todo hacía prever los esponsales, se detuvo ante ella y le confesó su impotencia, ocasionada por un accidente en la niñez.

Su vida compendiaba, por igual, la sinceridad y la huida. No renunció jamás a ninguna de sus creencias y las defendió a capa y espada con un lenguaje incontenible, con una brillantez que pasmaba a sus enemigos. El reformador Juan Calvino fue uno de los primeros en percibirlo. Desde su residencia de Viena del Delfinado, donde su viejo amigo el arzobispo Palmier le había dado un puesto de médico, le envió una importante colección de cartas que le minaron la moral. Al final, le cursó un amplio anticipo del libro que estaba escribiendo, *Christianismi Restitutio* (Restitución del Cristianismo, 1553) que exasperó al teólogo francés. Las misivas abundaban en insultos, desplantes y desprecios. En una de las últimas, Serveto le revelaba su auténtica personalidad y le indicaba que estaba dispuesto a viajar a Ginebra. Calvino escribió a un amigo: «... si viene no toleraré, por poca autoridad que yo tenga, que él salga vivo».

A pesar de ello, reflexionaba Serveto cuando vio asomar las luces del albor, los doce años de retiro en Viena fueron de los más deliciosos de su fugitivo existir. Estudió mucho, avanzó en la redacción de su obra maestra y se nacionalizó galo. La edición clandestina de *Restitución del cristianismo* movilizó en su contra a los enconados reformadores. En el texto se ratificaba en sus consideraciones de la Santísima Trinidad, del bautizo (era partidario de hacerlo a los 30 años, y así lo cumplió él) y en la convicción de que «Cristo no era hijo eterno de Dios», sino hijo de Dios eterno.

Calvino hizo lo indecible para que fuese juzgado. Remitió al tribunal de la Inquisición, por medio de un *lacayo*, todo tipo de pruebas en su contra: los libros, notas

marginales, sus cartas, su consideración acerca de la *tierra prometida*. Tras un juicio turbio, el teólogo fue condenado en Viena del Delfinado a «ser quemado vivo a fuego lento hasta que su cuerpo se convirtiese en cenizas». Esa misma noche pudo huir y deambuló durante cuatro meses por villas y poblados, ocultándose aquí y allá, hasta que decidió marchar a Nápoles. Para alcanzar la ciudad italiana pensó que lo mejor era pasar por Ginebra y cruzar a Zurich. Arribó un domingo de agosto y, para no levantar sospechas, fue a la iglesia donde predicaba Calvino. Lo reconocieron dos monjes y fue detenido.

Su rival sólo deseaba que fuese ajusticiado. Extrajo pruebas, buscó el apoyo de las iglesias de todo el país y pretendió calumniarlo por una presunta existencia de inmoralidad y lujuria. Serveto evidenció la pureza de sus costumbres, su celibato. Asombró al tribunal cuando atacó a Calvino y lo acusó con sólidas argumentaciones. «¿No sabe él que no es función de un ministro de la iglesia constituirse en acusador criminal, ni perseguir a un hombre solicitando su muerte?», dijo. Más tarde, una vez que hubo desarmado y humillado a su antagonista, le preguntó: «¿Piensas aturdir los oídos de los jueces con tus ladridos de perro?». De poco le había servido su entereza. Pero no iba a renunciar a nada. No había cometido herejía alguna ni tenía de qué retractarse. Había expresado opiniones en las que creía. Había sido coherente, a sabiendas de que corría peligro de muerte. Se *suicidaba* no tanto por el peso de sus creencias, como por la defensa del derecho a emitirlas públicamente.

Salió hacia la colina de Champel. Le había medrado la barba y notaba los músculos entumecidos. Casi experimentó una sensación placentera: volvía a respirar a pleno pulmón y abrazaba con la vista las aguas detenidas del lago Lemán, los juncos, los arbustos de la orilla. A lo lejos divisó las cúspides esmaltadas de nieve y un cielo azul, arañado de nubes pasajeras. Caminó entre arqueros a caballo, centinelas y verdugos. Cerca de él vio a Calvino y a sus secuaces. Lo subieron a la pira y lo ataron a un poste enorme con grandes cadenas. La crueldad de sus acusadores resultaba insaciable y soez: le apretaron el cuello con una cuerda muy gruesa y le colocaron sobre la cabeza una corona de paja, salpicada de azufre. No quiso mirar a sus pies y cuando oyó el chasquear de las llamas sobre las verdes encinas, cerró los ojos. Pensó que su muerte era una victoria: la consumación heroica de su destino de víctima por fidelidad a la razón. Por eso, aún pudo gritar:

— Jesucristo, hijo de Dios eterno, ten compasión de mí.

Luego comenzó a berrear, con desesperación, irrefrenablemente, hasta que su cuerpo y sus libros se volvieron humo, rescoldo, ceniza de libertad. 

